

clave en la historia de la literatura fantástica española del siglo XVIII. No en vano, está en la base del *Duque de Viseo*, una obra cuyo segundo acto, para colmo, transcurre íntegramente durante la noche. No creo que haya muchos aficionados a la producción literaria de «Monk» Lewis que conozcan ese hijo bastardo de su castillo espectral que es la tragedia de Quintana.

En cuanto a la *Galería fúnebre*, diré que descubrí a Pérez Zaragoza, su autor, en las páginas de una antología, *Cuentos de terror* (Madrid, Taurus, 1963), llevada a cabo con impecable acierto por Rafael Llopis Paret, reconocido especialista en el género fantástico. El cuento escogido por Llopis era *La princesa de Lipno o el retrete del placer criminal*, e hizo literalmente mis delicias. Tanto Ramón de Mesonero como Larra, Zorrilla y una buena parte de los plumíferos de la época, se refirieron a Pérez Zaragoza y a su principal obra, la *Galería fúnebre de espectros y sombras ensangrentadas* como nos referiríamos ahora a José Mallorquí, Corín Tellado o cualquier otro insigne cultivador de lo que se ha dado en llamar *subliteratura*. Larra, por ejemplo, se indigna de que el público compre con avidez la *Galería*, rechazando la última traducción de la *Iliada* o unas, al parecer preciosas, *Vidas de los españoles célebres*. José María de Carnerero se mofa de nuestro autor en su revista *Cartas Españolas*. El mundo literario oficial, pues, de nuestro romanticismo no veía, o no sabía ver, la incalculable dosis de salud y de divertida desmesura que rebosaba la colección terrorífica de Pérez Zaragoza, que vio la luz dos años antes de que un individuo tan poco saludable y tan aburrido como Fernando VII se despidiera de esta vida. Ultimamente, Juan Ignacio Ferreras se ha ocupado del inefable don Agustín en sus *Orígenes de la novela decimonónica* (Madrid, Taurus, 1975). Mi edición de la *Galería* (Madrid, Editora Nacional, 1977) contribuye, creo, a rescatar de una vez por todas a Pérez Zaragoza de su prisión de olvido.

Alberto Gil Novales me dio a conocer la primera obra, cronológicamente hablando, de tan peregrino escritor. Se trata de un folleto de 31 páginas en las que Zaragoza nos habla de la amarga experiencia del destierro, de su esperanza ante el retorno del constitucionalismo en 1820, del comportamiento que debemos guardar ante la adversidad, etcétera. Por este folleto, publicado en Madrid en 1820, conocemos el afrancesamiento de su autor, su colaboracionismo con el invasor francés en tiempos de José I; por él sabemos de su precipitada huida con toda su familia a orillas del Garona (probablemente a Burdeos) al ser derrotado el ejército napoleónico. El tono lastimero perdura a lo largo de todo el opúsculo. Sólo al final se cambiará en exultante grito de júbilo. Don Agustín y su dilatada familia podrán, por fin, repasar su suspirado Bidasoa: ya España es libre y su rey constitucional. El gran arquitecto del universo (Zaragoza huele a masón) ha oído las plegarias de su pueblo. Imagino que el propio Pérez Zaragoza (de cuya vida sólo conocemos los escasos datos que se contienen en esta obrita) perseguiría sañudamente en 1824 con fines destructivos cuantos ejemplares de su folleto, curiosamente intitulado *El fruto de la religión en la desgracia...*, pudiese encontrar. Problemas de supervivencia.

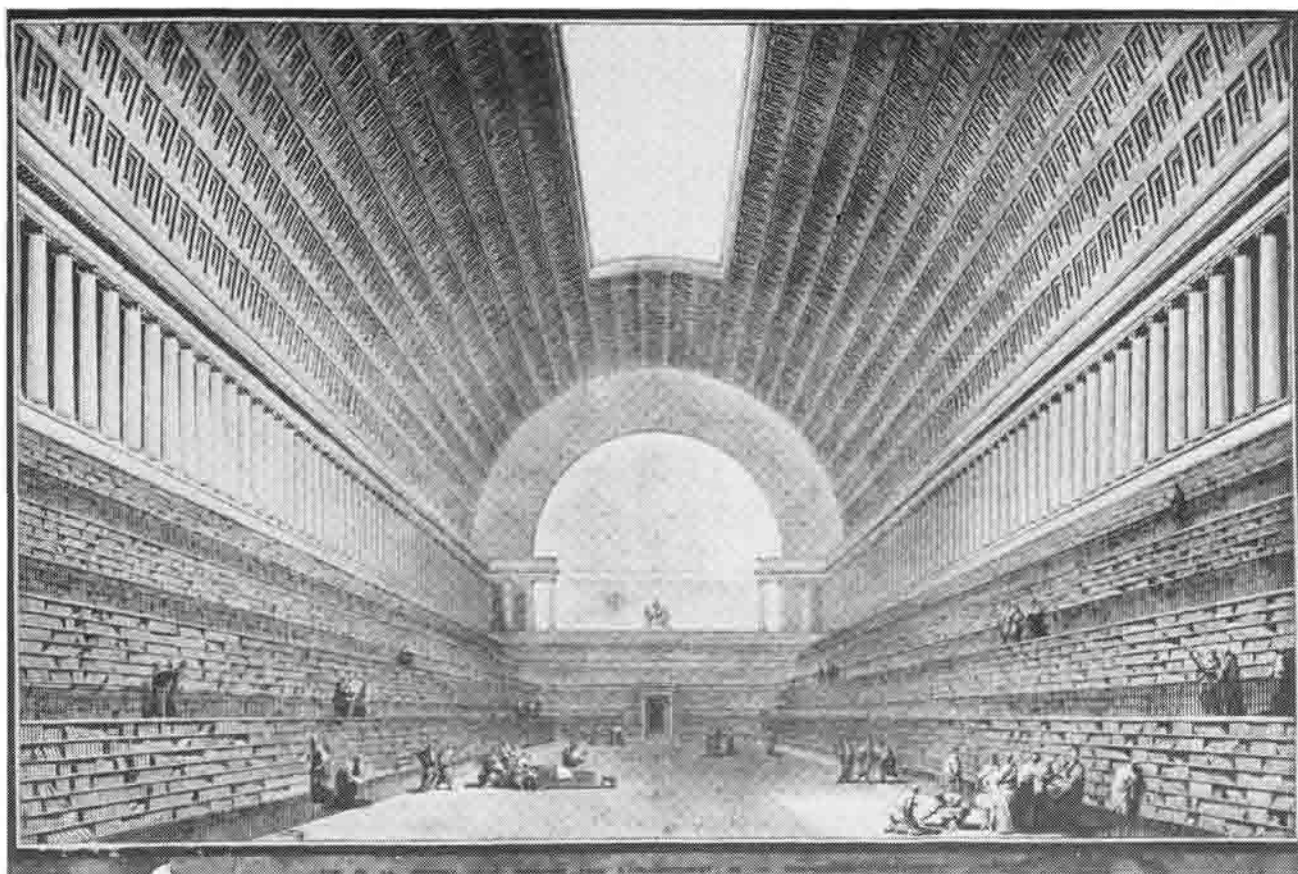
Su segundo librito, también publicado en Madrid en 1820, es una acerba diatriba en contra de la Compañía de Jesús. Está escrito con verdadera gracia, y no me disgustaría en absoluto reimprimirlo, con un preliminar exegético y un puñado de

notas. Merece la pena. La siguiente obra es de carácter misceláneo y lleva por título *El remedio de la melancolía*. Recopila anécdotas, apotegmas, agudezas de todo género, efemérides, chanzas, problemas aritméticos, etcétera. Como autor de almanaques, Zaragoza es un prodigio de diversión y, cómo no, también incurre en la agradabilísima tentación de propasarse, lo que contribuye a hacer más delirante la lectura del *Remedio* (Madrid, 1821, cuatro vols.).

La *Historia de zorrastrones, o descubrimiento interesante de las finas y diabólicas astucias de los caballeros de la industria, rateros y estafadores...*, aparecida en 1821, es una adaptación de una obra francesa, pero don Agustín se las ingenia para insertar historias, chistes y cuentos en ella con evidente gracia y desenfado.

Como gastrónomo, Zaragoza publica en 1822 *La nueva cocinera curiosa y económica y su marido el repostero famoso amigo de los golosos* (dos tomos). El segundo volumen va precedido de una advertencia a los sectarios de la gastronomía y de una noticia general sobre dulces y confituras. Hay un tercer volumen-apéndice que perfecciona la obra, pues en él se facilitan los secretos para reconocer los buenos vinos, así como para confeccionar caseramente toda clase de ratafías, licores, pastas y helados. Con este tomo-apéndice se clausura *La cocinera*. Pero os puedo asegurar que el aroma de sus recetas sigue vigente todavía hoy, y hasta produce deliciosos desmayos olfativos, desafiando al tiempo con su difícil sabiduría.

En 1825-1826 Pérez Zaragoza da a las prensas una alucinante *Enciclopedia de la juventud* casi surrealista, y en 1826 un opúsculo moralizante sobre las virtudes que deben adornar a un hombre honrado. Pero su obra maestra es, sin duda, la antedicha *Galería fúnebre de espectros y sombras ensangrentadas*, que acabo (1977) de reeditar con largo estudio preliminar y cuatrocientas notas, y que abarca doce volúmenes publicados en Madrid entre febrero y noviembre de 1831. Componen la *Galería* veintiuna historias trágicas y tres novelas, constituyéndose así el más vasto y complejo universo fantástico y terrorífico de la literatura española. Los grabados que acompañan a la edición original, y que he reproducido en la mía, contribuyen a crear la atmósfera plenamente romántica y extremosa de las narraciones, donde se dan cita multitud de prodigios, acontecimientos maravillosos, apariciones nocturnas, sueños espantosos, delitos misteriosos, fenómenos terribles, crímenes históricos y fabulosos, cadáveres ambulantes, cabezas ensangrentadas, venganzas atroces y casos sorprendentes. El mismo Zaragoza subtitula la *Galería* como «colección curiosa e instructiva de sucesos trágicos para producir las fuertes emociones del terror». Nunca habíamos visto nada igual en las letras españolas. Don Agustín se confiesa heredero de la «sepulcral Rosdeliff» (que no debe ser otra que Mrs. Anna Radcliffe, 1764-1823, pionera, junto con Walpole, Clara Reeve, M. G. Lewis y Maturin del *gothic tale* inglés de finales del siglo XVIII, una de las más puras encarnaciones literarias de lo fantástico), y pasa a urdir oscuras tramas familiares que desembocan en el incesto o en el parricidio, salvajes descuartizamientos llevados a cabo por bandidos sin entrañas, inimaginables sadismos y crueldades inenarrables. Títulos como *Milady Herwort y Miss Clarissa, o Bristol, el carnicero asesino. El falso capuchino o Dompireli Bocanegra* nos informan cumplidamente del contenido de las historias fantásticas que Pérez Zaragoza nos regala. ¿Fuentes? Sucesos contemporáneos convenientemente aderezados, recopilacio-



Etienne-Louis Boullée (1728-1799): Nueva sala de la Bibliothèque Nationale.

nes francesas y, sobre todo, las viejas *novelle* de Bandello que tradujo al francés François de Belleforest y formaron parte, en Inglaterra, del *Palace of Pleasure* de Painter. Las mismas historias de siempre para un lector que sólo exige la punzada en su piel de la fantasía.

Curioso es que la última obra que conozco, cronológicamente hablando, de Pérez Zaragoza se titule *Recreo de damas de gran tono o delicia de lechuguinos y lechuginas* (Madrid, 1832, dos tomos). Después del terror y de la sangre viene el esparcimiento ingenuo de la charada. Después de la muerte, la adivinanza. El ánimo, sobrecogido tras la lectura de la *Galería*, se relaja con el *Recreo*. No sé si es Malcolm o el barón de Ross quien afirma en *Macbeth*: «No hay noche, por larga que sea, que no encuentre al fin el día.»

Gracias a la infinita liberalidad de mi querido amigo —arriba mencionado— Luis Bardón, espejo de bibliófilos, poseo hace unos años un manuscrito inédito de Agustín Pérez Zaragoza, de puño y letra del escritor. Son 204 páginas, además de la portada, que reza así: *La resurrección de los muertos. Diálogos entre los modernos. Por D. Agustín Pérez Zaragoza Godínez. Año de 1830* (vísperas, pues, de la *Galería*). Se trata de diecinueve diálogos entre personajes históricos —la mayoría, franceses— que vuelven a encontrarse al otro lado de la Estigia. El diálogo X, por ejemplo, lo mantienen Luis XII y Francisco I, dos monarcas, y el XVII se desarrolla entre el cardenal Richelieu y nuestro cardenal Jiménez de Cisneros. Zaragoza, que demuestra ser un hábil calígrafo, tendría posiblemente lista para publicar esta *Resurrección...* (cuya fuente